

¿ES FRANCISCO LAPORTA, UN NACIONALISTA BANAL?

Félix Ovejero

Universidad de Barcelona

Era el verano de 2008. En Santander, en la Menéndez Pelayo. Al final de la tarde. No recuerdo quién más andaba por allí, aunque estábamos, seguro, Paco, Elías y yo. Paco nos propuso ir a tomar tapas o a cenar. Elías y yo nos miramos con perplejidad. ¿Qué le pasaba a este hombre? ¿No sabía que a esa misma hora jugaba la selección de fútbol, camino de la final, en la que «ganamos» a Alemania con un gol de Torres a pase de Xavi, la conexión Tarrasa-Fuenlabrada, la España plural, por así decir? Definitivamente, nuestro amigo no parecía un nacionalista.

Pero, amigos, los nacionalistas no soportan a gente como Paco LAPORTA. En realidad, les parece una anomalía, un bicho raro. Olvídense de lo de bípedo implume: para ellos, el ser humano es, inevitablemente, un ser para la patria, un ente nacido para ser nacional. A su entender, no cabe ser humano y no ser nacionalista. Como aquellos antipsiquiatras que sostenían que no había locos porque todos estábamos locos (es de suponer que salvo ellos, si había que confiar en su diagnóstico). Continuamente, a los que criticamos al nacionalismo los nacionalistas nos califican como «nacionalistas de otro signo». Nos descalifican, por ser más precisos. Algo que, bien pensando, no deja de resultar curioso en boca de un nacionalista. Parecen necesitar que los demás compartan su trastorno, [...] para reprochárselo. Nuestros entusiastas nacionalistas, dichosos de confundirnos con ellos, nos vendrían a decir —¡¡¡y criticar!!!—«sois como nosotros». Como el enfermo que se alegra de que su mal este extendido. Ya saben, mal de muchos...

Cuando alguien se resiste al diagnóstico, después de mirarlo con condescendencia, los nacionalistas le corrigen: sois nacionalistas, pero no lo sabéis; o, en otra variante, sois nacionalistas vergonzantes. Un ignorante o un blando, vamos. En fin, que ahora han descubierto que quienes, como LAPORTA, distinguen entre nacionalismo cívico y nacionalismo identitario están intentando confundirnos, que no hay tal distinción que, en realidad, son nacionalistas... banales. El punto de partida de la tesis, la teoría del nacionalismo banal, resulta poco discutible. Ningún Estado puede prescindir de una materialización simbólica. La construcción de identidades aflora, casi imperceptiblemente, en los documentos de identidad, las matrículas de coches, las monedas, la cartografía, el deporte, el servicio meteorológico, etc. Los ciudadanos, sin reparar en ello, con naturalidad, vinculan lengua, cultura, territorio y comunidad política. Un proceso casi inevitable, en tanto todo Estado se sostiene en un espacio de comunicación, de leyes, de flujos comerciales, de desplazamientos de gentes y mercancías, que requiere

y propicia códigos compartidos y, también, porque, sin símbolos, banderas e himnos, nadie se reconocería con asuntos tan abstractos como los derechos o la Constitución.

A partir de lo anterior, nuestros nacionalistas extraen la moraleja de que ese nacionalismo, instrumentalmente simbólico, viene a ser como el otro, como el vocacionalmente simbólico. No habría lugar para distinguir entre los dos modelos de nación, la identitaria, la del *Volksgeist*, y la cívica, entre la comunidad-espacio de identificación y la comunidad-espacio de cooperación, para decirlo con un léxico de Michael SANDEL que LAPORTA ha utilizado en alguna ocasión¹. La conclusión se impondría: como no hay posibilidad de ser no nacionalista, solo nos cabe escoger barricada. No cabe sentirse catalán y español, ni aún menos, no sentir nada en particular, que eso sería ya un caso clínico. Las naciones, como las especies, sin mestizaje. Cada cual en su nación y cada nación para cual. Una clasificación exhaustiva y excluyente. Todos nacionalistas y, además, cada uno en su casilla.

En realidad, la teoría del nacionalismo banal es más sofisticada que lo que nos cuentan sus circunstanciales entusiastas, cosa que, por lo demás, a nadie debe sorprender, dado el promedio de sofisticación de los circunstanciales entusiastas. Para estos, el nacionalismo no admitiría grados. Todos somos igualmente nacionalistas y si no todos parecemos igualmente nacionalistas es tan solo por falta de carácter o por algún otro tipo de insuficiencia. Todos variantes de Le Pen: unos el padre y otros la hija. Michael BILDING, muy lejos de sus banales apologistas, resulta mucho más cauto y refinado, cosa que, bien es verdad, tampoco requiere mucho esfuerzo: «Extender indiscriminadamente el término “nacionalismo” induciría a confusión: como es natural, hay diferencia entre la bandera que enarbolan quienes practican la limpieza étnica en Serbia y la que ondea discretamente en las puertas de una oficina de correos de Estados Unidos»².

Sí, las diferencias existen, como BILDING admite. Después de todo, si no existieran, la idea misma de nacionalismo banal perdería capacidad discriminatoria, «banal» añadiría tan poco a «nacionalismo» como «animal» a «perro»³. Voy únicamente a destacar tres diferencias importantes que impiden sostener que «todos somos nacionalistas»⁴. En realidad, se corresponden con serios problemas conceptuales de los argumentos de los banales defensores de la teoría del nacionalismo banal.

1. Identidades incompatibles/esenciales frente a identidades múltiples/mudanzas. Para nuestros nacionalistas las identidades son jaulas de hierro y, además, excluyentes. Estamos presos en una y solo podemos residir en una. Si sales de una es solo para entrar en otra. Por eso todos somos nacionalistas, porque no te queda otra que escoger —mejor, estar— en alguna. En ese sentido, como no cabe acumular ni superponer, ni, aún menos, prescindir, resulta compatible la vocación reductiva en la identificación de los rasgos identitarios y, por ende, de los «verdaderos» nacionales, de los

¹ «La quimera del nacionalismo», *Claves de razón práctica*, 1991, n. 114, 37.

² M. BILLIG, *Banal Nationalism*, London, Sage, 1999, 6-7.

³ De todos modos, los nacionalistas no banales están muy sueltos en estos procedimientos. Así, si hemos de atenernos a sus escritos más habituales, «catalán fascista» sería una imposibilidad conceptual, mientras que «español» y «fascista» serían conceptos coextensivos.

⁴ Con más extensión en F. OVEJERO, *La trama estéril*, Barcelona, Montesinos, 2011, 39 y ss.; *La seducción de la frontera*, Barcelona, Montesinos, 2016, 29 y ss.

portadores de las esencias patrias, de la genuina raíz, con el expansionismo geográfico, con la extensión de la nación hasta cualquier rincón del mundo por donde se encuentre —y siempre que se busca, se encuentra, no lo duden— algún germen de identidad. La función de las instituciones políticas, antes que la solución de los problemas colectivos, consiste en preservar y alentar las identidades (por favor, no me pregunten si tiene sentido «alentar la identidad», al menos mientras «identidad» se entienda en su sentido habitual, como equivalente a «lo que uno es»), lo que, ante todo, requiere combatir otras identidades competitivas, tóxicas respecto a la fetén.

El ejemplo de la lengua resulta ilustrativo. Para los nacionalistas, cada pueblo tiene una lengua propia, sostén de la identidad, que, por eso mismo, debe ser preservada por las instituciones. De ahí, el lamento «la lengua X está en peligro», que sirve de premisa a la conclusión «debemos asegurar hablantes a X». Las peculiares implicaciones resultan notorias. De manera inmediata porque, por ejemplo, el hecho de que el castellano se hable, entre otros lugares, en México y, por ello, «no esté en peligro», justifica que los catalanes no podamos escolarizarnos en nuestra lengua mayoritaria. Su función fundamental es preservar la identidad/lengua catalana. Siempre, claro, que no se descubran catalanoparlantes en otra parte del mundo o de la galaxia, lo que naturalmente, asegurada la persistencia de la identidad, invitaría a modificar nuestro sistema educativo. Y a medio plazo, pues peor. Una vez se asume que las identidades son competitivas y se reconoce, como hacen los lingüistas, que una lengua para sobrevivir necesita un mínimo de doscientos mil hablantes, es obligado concluir que, cuando varias lenguas compiten en un territorio limitado, con poblaciones no muy numerosas, la conservación de unas exige la desaparición de otras. En rigor, el problema no radica en el carácter competitivo del uso de las lenguas, innegable a medio plazo, al menos con nuestras actuales restricciones tecnológicas, sino en convertir la preservación de la identidad en un objetivo por sí mismo. El nacionalista banal, por supuesto, estará interesado en una lengua común, pero no para preservar la identidad, sino para entenderse. Ello puede conducirle a preferir incluso la segunda lengua de muchos a la mayoritaria (relacionada en algún sentido con la identidad), algo que hacemos en muchas reuniones sociales con el inglés y que también hicieron las repúblicas latinoamericanas, con el castellano, tras su independencia. Por cierto, también los nacionalistas no banales, vascos, gallegos y catalanes, cuando se reúnen. A su pesar, eso sí.

2. Crítica como inconsistencia y crítica como deliberación. Para el nacionalismo, la crítica al nacionalismo es una imposibilidad conceptual. Si se asume, con los nacionalistas, que «solo se puede criticar al nacionalismo desde otro nacionalismo», la idea de criticar al nacionalismo sería tan insensata como criticar la razón: estamos instalados en ella. Hay una versión de mucho tráfico entre los filólogos catalanes, un gremio de múltiples saberes, que sirve para descalificar cualquier crítica a las llamadas «políticas de normalización lingüística» bajo la acusación de «hacer política con la lengua». Dichas políticas, como saben y —aunque quizá no lo saben— padecen, son aquellas *políticas destinadas a normalizar las lenguas propias de las comunidades históricas, las dotadas de identidad*. No me entretendré en mostrar los desatinos contenidos en la frase en cursiva, de la que solo se salvan las conjunciones y los artículos. En todo caso, resulta inmediato la extravagancia del sintagma «políticas de normalización», pues es cosa rara que lo normal deba ser normalizado. Hacer política supone, por definición,

intervenir en el estado del mundo, alterar lo normal: va de suyo que lo normal no hace falta normalizarlo y que si hay que normalizarlo, es que no es normal. En la práctica, tales políticas buscan modificar la realidad para reinstaurar otra anterior, en un momento en particular, pues a nadie se le ocurre reclamar la normalización del latín. Es un momento privilegiado en el tiempo, en que se fija la identidad esencial: ni un poco antes, que es solo preparación; ni un poco después, que es el principio de la decadencia. Es el momento fundante de la nación: una fórmula, por lo demás, paradójica, pues si una nación lo es por su historia, no puede ser nación desde el minuto cero, ni en rigor, más tarde: «Nunca podrá acumular puntos por antigüedad el que necesita tener alguno para empezar a acumularlos» (Javier AGUADO). Que ese momento realmente existiera es otro cantar. Así, por ejemplo, en Aragón, en las aulas de infantil de los valles de Hecho, Benasque y Panticosa se ha establecido el aragonés como lengua vehicular, una lengua que solo entienden el 3,3 por 100 de los aragoneses y, naturalmente, para ello, se ha apelado al peligro de pérdida de la identidad/lengua⁵. La paradoja es transparente: se hace política y, a la vez, se descalifica la actividad política. Detrás de ese punto de vista se esconden dos supuestos difíciles de sostener por ellos mismos y aun menos conjuntamente: *a*) que la acción de las autoridades por alterar la realidad (castellano parlante) no es política, y *b*) que la crítica a esas acciones sí que es política (lingüística). El primer supuesto, mientras las palabras mantengan su sentido habitual, es simplemente inconsistente. El segundo ignora, para decirlo con EINSTEIN, que el sabor de la sopa no tiene sabor a sopa, que criticar la guerra no es ser belicista, que descalificar el racismo no es ser «racista del otro lado»; confunde uso y mención, lenguaje objeto y metalenguaje, para decirlo a nuestra manera.

3. La identidad como objetivo frente a la identidad como subproducto. Las parejas se parecen, a veces, incluso se parecen a sus perros. Pero ese parecido, por lo normal, no es resultado de su empeño en parecerse, en ahogar sus diferencias, sino la consecuencia no pretendida de su trato continuo, que les lleva a mimetizar gestos y expresiones, en una suerte de economía comunicativa, de realizar las mismas actividades (tomar el sol, correr) o de una alimentación parecida, que también esa hipótesis manejan los estudiosos. Importa mucho el cómo. No es lo mismo que a *X* le obliguen a emparejarse con *Y* que que a *X* no le quede más remedio que intentar emparejarse con *Y*, cuando todos los demás ya se han emparejado previamente. No es lo mismo que todo acabemos en *X* (la misma lengua, senda, moneda, sistema de pesas y medidas) porque nos resulta ventajoso en algún sentido (nos permite comunicarnos con mayor número de personas, avanzar más rápidamente, realizar más intercambios) que porque se nos impone, porque nos identifica. Incluso puede suceder, sucedió en la Revolución Francesa, que se necesitó un impulso inicial para consolidar un equilibrio (nadie tiene interés en comprar el primer teléfono, el conducir el primero por la derecha), pero, esa decisión inicial, para el nacionalista cívico, estará regida por la eficacia. A partir de ahí, establecido un equilibrio, la convergencia en una identidad será la consecuencia, agregada, de la elección de cada cual, que tendrá interés en mantenerlo, en usar una tecnología que le permite comunicarse con muchos otros, hacer intercambios o en no cambiarse de carril. Se consolidará un equilibrio de NASH. Si lo que importa es la

⁵ *El Mundo*, 13 de septiembre de 2016.

identidad como objetivo, se buscará reinstaurar la que se juzga la identidad esencial, la deteriorada por el ruido de la historia, sin que importe el para qué.

El nacionalista banal intervendrá, pero no por forjar identidad, aunque produzca identidad, sino por afán racionalizador. Ese afán inspiró a los revolucionarios franceses en febrero de 1790 cuando diseñaron los departamentos atendiendo a referencias y criterios geográficos, sin huella alguna de identidad étnica, y más tarde, en octubre de 1793, a proponer en la Convención Nacional el calendario republicano, diseñado, entre otros, por el matemático LAPLACE⁶. No era la primera vez. Una inspiración parecida estaba detrás de la reforma territorial de Clístenes, demócrata radical, cuando, en Atenas, en el 508 a. C., buscó acabar con el poder de la nobleza, con su trama de intereses territoriales, gentilicios y familiares. Sí, lo nacional acabaría por llegar, pero se estaba en otra cosa. Como decía BORGES: «No hay que preocuparse de buscar lo nacional. Lo que estamos haciendo nosotros ahora será lo nacional más adelante».

De modo que sí, Paco LAPORTA es banalmente nacionalista, lo que sucede es que eso equivale, en realidad, a ser antinacionalista. No a-nacionalista, sino, insisto, antinacionalista. Pero eso habrá que argumentarlo en el siguiente homenaje.

⁶ D. GUEDEJ ha descrito con mucha eficacia ese proceso en *El metro del mundo*, Barcelona, Anagrama, 2006.

